

COMEDIA HEROICA,
EL HEROE DE LA CHINA,

EN TRES ACTOS:

REPRESENTADA POR LA COMPAÑIA

DE FRANCISCO RAMOS.



MADRID:

POR DON ANTONIO CRUZADO : CALLE DEL PRADO.

AÑO DE MDCCXCIX.

ARGUMENTO.

En todo el vasto Imperio de la China es admirada la heroyca fidelidad del Anciano Leango. En un tumulto popular en que el Emperador Livánio pudo apenas salvar su vida huyendo; Leango por conservar la suya al niño Svenvango, el único que no pereció á las manos del furioso pueblo, ofreció á la muerte su propio hijo envuelto en las faxas reales, y pudo verlo matar, sin descubrir un secreto de que dependia la vida de su pequeño Príncipe. (1)

(1) Historia de Tchao-Kong. P. du Halde, Fastos de la Monarquía China.

COMEDIA HEROICA

EL HEROE DE LA CHINA

EN TRES ACTOS:

PERSONAS.

Leango, Regente del Imperio
 Chino.....
Siveno, creido hijo de *Leango*.....
Lisinga, Princesa Tártara prisionera
Ulania, hermana de la misma....
Minteo, Mandarin Militar.....
 Un *Bonzo*, ó Sacerdote de la China
 Un soldado *Tártaro*.....
 Un Soldado Chino.....
 Comparsa de Chinos.

ACTORES.

Señor *Vicente García*.
 Señor *Antonio Róbles*.
 Señora *María Vazquez*.
 Señora *Josefa Luna*.
 Señor *Josef Huerta*.
 Señor *Antonio Baca*.
 Señor *Thomas Ramos*.
 Señor *Agustin Roldan*.

La Escena se representa en el Recinto de la residencia Imperial á las orillas del rio Ve-joo que riega la Ciudad de Sin-ga-na, Capital de ella la Provincia de Ken-si

Vestibulo, que dá paso á los principales aposentos del Palacio Imperial: aparecen Lisinga y Ulania.

ACTO PRIMERO.

Ulan. **P**ermiteme, que extrañe, hermana mia,
 que quando al fin el cielo compasivo
 extiende sobre tí su sacra mano,
 llanto en los ojos y en la voz suspiros
 ofrezcas al recuerdo de tu dicha.
 Amarías ingrata el suelo chino
 mas que la dulce patria, mas que un
 Padre;
 que lexos de nosotras y vencido,
 busca la libertad, que no gozamos
 y qué espera lograr? De qual delirio
 opreso el corazon gime y solloza,
 si el aviso esperamos de continuo
 de paz entre la China y Tártaria,
 y de qué somos libres?

Lising. Ese aviso,
 que tú deseas y que yo detesto
 es la ocasion del triste llanto mio.
Ulan. Pues qué tan solo tú de los mortales
 serás agena al sentimiento pio
 del santo amor de los paternos lares?
Lising. Nó, *Ulania*. Yo vería el cielo
 mismo,
 baxo del qual nací, con dulce risa;
 yo besaría humilde el trono invicto
 de un Padre bienhechor y de un Monarca,
 que soy su hija y Tártara he nacido.
Ulan. Pues bien, qué te detiene en
 estas playas
 á pesar de tu gloria y tu alvedrió?
Lising. Ay hermana! yo amo,

Ulan. Ama Lisinga!

y á quién amas?

Lising. Cercada de enemigos

y lexana del Padre y de la Pátria,
quizá tú culparás, que haya elegido
mi corazon amante. Pero, amiga
repruebe mi eleccion quien no haya
visto

al hijo de Leango, á mi Siveno.

Ulan. Yo respeto tambien y en él
admiro

la virtud y el valor que le acompaña:
pero ignoras quizá, que confundido
étre los que obedecen, ne es tu
mano

á quien debe aspirar? que tú has
nacido

en el Tártaro solio, y solamente
quien ocupe otro solio es de tí digno?

Lising. Ay Ulania! lo sé. Sé que mi
mi suerte

me condenó al dolor: que endurecido
el ambicioso hombre nos señala
por victimas de un bárbaro capricho,
y que vendidas á la gloria agena
hacen de nuestro amor un sacrificio
al bien universal (tal fué por siem-
pre

el pretexto cruel, que puso grillos
á nuestra libertad). Pero podias
ser insesible á llantos y suspiros,
á la virtud de mi adorado amante?

Nací en el trono, sí; mas yo
maldigo

un trono, que me alexa de Siveno.

Ulan. Pero cómo ha podido hallar ca-
mino

para tu corazon, quien de tu Padre
el enemigo vencedor ha sido?

Lising. No ignoras tú la horrible
desventura

del Monarca Livanio repelido
con ultrage del Trono de su Pueblo;
ni que el Chino cruel y vengativo
arrancó aun la esperanza de que
un dia

le volviese á ocupar su postrer hijo,
que pequenuelo infante dió la vida

al pérfido puñal de un asesino.

Huyó el anciano Padre á nuestra
Patria

cargado de dolor, y circuido
de la imágen terrible y dolorosa
de su afrenta y su pena. En este
asilo

espiró de pesar. Timur, mi Padre,
despreciando unos Pueblos sin cau-
dillo,

y ambicioso quizá del Cetro ageno;
tremoló sus banderas al sonido
de la voz de conquista, que así
anima

al vagabundo Tártaro, enemigo
de la pobreza de su esteril suelo,
y un ejército inmenso entonó el
Himno

de la desolacion y de la muerte.
Nosotras con las Tropas le seguimos,
segun nuestras costumbres, y llega-
mos

á las fronteras del Imperio Chino.
El prudente Leango, que aquel
tiempo

privado le regia, alzando el grito
de guerra y libertad, juntó las tro-
pas

de su Nacion, y del amado mio
confió la defensa de sus Lares.

Ay! tú le vistes sin pavor tranquilo
blandiendo el sable al vagaroso
viento,

á vista del Soldado enardecido,
qual el Dios del combate. Tú le
vistes

en busca del honor y del peligro
atropellar la muerte, rodeado
por todas partes de ella: dar auxilio
á todos, él, y prodigar su vida.

Tú le vistes en fin, quando vencido
nuestro ejército huía, y la victoria
enjugaba la frente de su amigo
mi vencedor amante, quán clemente
ofreció su perdon al fugitivo.

Tal fué por siempre el hombre ge-
neroso:

la gloria le conduce al enemigo,

le

le combate, le vence y le perdona,
y no ensangrienta el triunfador cu-
chillo

en la garganta del rendido pueblo.
Así le vimos pues, entre el bullicio
de las aclamaciones de victoria,
insensible al orgullo, enternecido
de nuestra desventura, y así, amiga,
nos condujo hasta aquí. Y en el re-
cinto

de este Imperial Palacio, qué no
ha hecho
por nuestro bien? Tú y yo somos
testigos

de su alma piadosa, y las virtudes
de un corazón modesto y compa-
sivo,

de un corazón humilde en la ven-
tura

de un corazón, que quiere y es
querido.

No imagines quizá, que débil tanto
yo le ofrecí mi amor, bastante al-
tivo

para gemir en el silencio: acaso
yo no veía en él, sino un caudillo
enemigo á mi patria. Pero, hermana,
él regó con su llanto enternecido
los pies de una muger, muger ven-
cida

y amante ya en secreto. Sus sus-
piros

y mi pasión, que hablaba en fa-
vor suyo,

ofreciéndome en él un héroe invicto
amante y humillado, le entregaron
un alma, que corría hácia sus gri-
llos.

En fin amé y me amaron; y pri-
mero

se juntarán el Cielo y el abismo,
que dexarle de amar, y ser cons-
tante

á quien me dió su amor, y á quien
dí el mio.

Ulan. No culparía yo que tú le amases,
si el respeto de un Padre :- mas qué
miro?

dos Tártaros se acercan.

Lising. Ay Ulania!

Ulan. Qué recelas?

Lising. Que acaso concluido

el tratado de paz entre la China
y mi Tártaro Padre, es ya preciso
alexarme por siempre de Siveno.

Ulan. Velos aquí que llegan.

*Sale un Soldado Tártaro con otro de
la misma Nacion, que le acompaña.*

Sold. Yo bendigo

un momento, que tanto deseaba
la Tartaria. Por fin, me es conce-
dido

besar libres los pies de mi Princesa,
que la ventura China hizo cautivos;
y Conductor de nuevas placenteras
vengo á postrarme á ellos.

Lising. Y yo estimo

vuestra noble lealtad; pero decidme,
cómo queda mi Padre? qué os ha
dicho?

Sold. Vuestro Padre Timur béndice al
Cielo

por la paz que á sus Pueblos afligidos
benéfico concede. El os envia
en este pliego de su amor indicios,
y os ordena por mí, que á sus man-
datos

mostreís, qual siempre, un corazón
sumiso.

Lising. Del Rey mi Padre adoro los
preceptos,

y le obedeceré; partid tranquilos.

Quando debais volver á su presencia
os prometo advertir: andad, amigos.

Vánse los Tártaros.

Ay Dios!

Ulan. Lisinga, hermana, lee primero
lo que te escribe el Rey.

Lising. Ya lo imagino

demasiado, ay Ulania! Este es el
punto

que por siempre tenia: el clima
Chino

dexar debemos; en aqueste pliego
viene el cruel precepto, y yo te pido
me digas, si temia con justicia

las nueyas de la paz.
Ulan. Pero eso mismo
 te debia alegrar. Al fin acaba
 la dura esclavitud en que vivimos,
 verémos Padre y Patria, y heredera
 tú del Tártaro Solio, al afligido
 Pueblo te restituyes, y retornas
 á las grandezas y esplendor antigüo.

Lising. Todo es verdad; mas dexaré
 á Siveno.

Ulan. Pero bien sabes, que nació ene-
 migo
 y que nació vasallo.

Lising. Sé que amo,
 que lo merece, que el primero ha si-
 do,

y último amor será; que si mi Pa-
 dre

me separa cruel del amor mio,
 me mata sin saberlo.

Ulan. Oye, y aprende
 constancia de tu hermana: yo sus-
 piro

por el jóven Minto; para siempre
 quizá me alexo dél, sufro el mar-
 tirio,

martirio que él ignora, y no me
 quejo.

Lising. Oh venturosa tú, cuyo tran-
 quilo

corazon así ama! Aún si puideta
 á Siveno olvidar:- Deseo indigno!
 oh! nunca sea, y me preserve el
 Cielo.

de tan mísero estado! me horrorizo
 mucho mas de vivir sin adorarle,
 que de morir constante al amor mio.

Ulan. Pero lee primero, quizá:-

Lising. Quiéres
 arrancarme tambien el solo alivio
 que me queda en dudar? Mas ay!

Siveno,
 no me dexes, amiga, que oprimido
 el corazon fallece.

Sale Siveno... Dime, es cierto
 que te pierdo mi bien?

Lising. Ve aquí, querido

Alargando el pliego.

Siveno, quien lo manda. Aunqu
 hasta ahora

no me quise enterar de mi destino,
 lee, mi amor, y diga lo que quiera;
 que será ménos dura al pecho mio,
 saliendo de tus lábios, mi sentencia.

Siv. „Hija, ya es todo paz; mis ene-
 migos

ya dexaron de serlo, y es tu mano
 del público reposo el blanco signo.

El héredero del augusto Trono

será tu esposo, y el Imperio Chino.
 si ántes esclava, te verá su Reyna,

Leango no lo ignora, y el sigilo
 contigo romperá. Timur.“ Oh Cie-
 los!

Ulan. Pero cómo? :-

Lising. Quizá no has entendido,
 mi bien, la regia carta.

Siv. Ay! nó, tú misma
 puedes leerla.

Lising. Con temor la miro.

„El heredero del augusto Trono
 será tu esposo.“ Y dónde está? fin-
 gido

el destierro fué acaso, y la desgra-
 cia

del muerto Emperador? habla, bien
 mio.

Siv. Qué quieres que yo diga? á mis
 temores

solo falta un rival desconocido
 para llenar el vaso de amargura,
 que ante mis labios veo de continuo.

Lising. No fue Livanio del sagrado
 Solio

por la venganza de su Pueblo mismo
 con baldon arrojado?

Siv. Y quatro lustros
 están para cumplirse.

Lising. En el olvido
 de su destierro no acabó la vida?

Siv. Muy poco ántes de quedar cau-
 tivos

yo de tu amor, y tú de nuestras ar-
 mas.

Lising. Y del tronco real:-

Siv. Cruel cuchillo.

lo segó en sus raíces , y el postrero
de sus pimpollos , inocente niño,
murió en su cuna.

Lising. Y bien , este heredero
quién es ?

Siv. Un Impostor.

Lising. Y tú , amor mio,
qué harás en mi favor , y en favor
tuyo,
si es un Príncipe cierto y no men-
tido?

Siv. Qué he de hacer yo ? morir.

Lising. Y abandonarme
en las manos de un bárbaro destino
que me conduzca á un trono que
aborrezco

sin mi caso Siveno ? Y tú tranquilo
me verías pasar en otros brazos,
quando ni el tierno llanto , ni el
suspiro

me fuera permitido en la presencia
del rival de tu amor ? Cielo be-
nigno,

ah ! no sea jamás , que rigoroso
impongas á Lisinga tal castigo.

Siv. Pero bella Princesa , qué pudie-
ra

hacer yo por salvarte , si tú mismo
amor se opone á ello ?

Lising. Tú me amas,
y lo preguntas ? Dime , qué se hizo
aquel amor primero que mostrabas,
quando echado á mis pies enter-
necido

me jurabas , que solo de Lisinga
era tu corazón ? Yo te dí el mio ;
pero tú me engañabas.

Siv. Yo engañarte,
quando aprecio la vida porque vivo
para adorar tus ojos apacibles ?
Pero , Lisinga , yo sería indigno
de la ventura que gocé algun tiem-
po,

si mi interés me hiciese él enemigo
de tu dicha , y amante codicioso
robase de tu mano el Cetro Chino,
que yo no puedo darte. Nó, Princesa:
mi corazón conoce el heroísmo.

de vencer su pasión , y de cederte
á un rival mas feliz , sino mas dig-
no.

Lising. Odiosa heroicidad , que me
cubriera

de un eterno dolor ! Mas yo confío
que tu buen Padre (sabedor acaso
de que el Trono sin tí será un su-
plicio

para Lisinga , y que mi amor tan
solo

es el consuelo de su caro hijo);
quizá me dexará ser venturosa.

Siv. Ah ! no lo espero. Observador es-
tricto

de la áustera virtud no será injusto
transgresor del contrato establecido
por prenda de la paz entre dos Pue-
blos,

y en vano le hablarán á favor mio
el amor y el respeto. Bien pudiera
apropiarse un Imperio, que á su ar-
bitrio

puso un Monarca ausente y desgra-
ciado:

bien pudiera tambien haber ceñido
la blanca Sien con la Imperial dia-
dema,

que un Pueblo que le adora agrade-
cido

ante sus pies ponía , no quedando
ni siquiera un renuevo del antiguo
árbol que nos dió Reyes. Pero firme
en su entera virtud despreció el bri-
llo

de una efímera gloria.

Ulan. Y bien , ahora
qué pensaremos de él ? Tú propio has
dicho,

que quando huyó Livanio fue á sus
ojos

hasta el último infante á hierro ex-
tinto:

luego este nuevo Príncipe que oculta
no será un Impostor ?

Lising. Pero mi amigo,
el bien héchor Leango (y es posi-
ble !)

cómplice de un engaño ? ah ! yo deliro.
 Corre , vuela á tu Padre , sabe , aclara ,
 Sibeno , el tuyo y el recelo mio.
Sib. Sí , adorada Lisinga , ya obedezco :
 y si el Cielo , en un tiempo compasivo ,
 no olvidó la piedad , quizá que extiende
 en mi favor su mano. El es testigo de mi inocente amor y mis promesas ; que yo adoraba en tí de sus divinos atributos quizá la mejor parte ; y en fin , el sabe , que tu labio mismo amor ó muerte pronunció al mirarte , y amor ó muerte es el destino mio.
Vase.
Lising. Con qué toda mi vida será , hermana , tan infeliz ?
Ulan. Ni gozarás tranquilo quizá un solo momento.
Lising. Por qué causa ?
Ulan. Por qué acibarás con el mal temido el bien que ahora gozas.
Lising. Qué yo gozo ?
Ulan. Sí : tú no partes , ves á tu querido Siveno al lado tuyo , el ignorado Príncipe no parece ; qué peligros puedes temer ? figúrate á lo ménos que el Príncipe es tu amante.
Lising. Qué delirios ! son estos tus consuelos ?
Ulan. No ha vacado este Solio ? no yace al fin marchito el régio árbol ? del sagaz Leango no es hijo tu Siveno ? y el invicto y virtuoso anciano no es la gloria y el amor de sus Pueblos ? pues si ha sido Padre del Reyno , no podria acaso hacerse su Monarca ?
Lising. Si ha podido , por qué no lo hizo aun ? Como Privado

sostuvo el peso del Imperio Chino y el público reposo ; pero el Trono :
Ulan. Leango lo guardaba á un perseguido
 Monarca desterrado ; mas ya muert á quién lo ha de guardar ?
Lising. Ay ! que imagino , que demasiado por mi mal existe ese odioso heredero.
Ulan. Si has creido que no es una impostura , tu consuelo sea juzgar que es digno de cariño.
Lising. Calla.
Ulan. Y un nuevo amor borre la idea :
Lising. Calla esa voz , que el corazon me ha herido.
 Yo amor á otro ? ay ! aquel semblante me enseñó amante á prodigar suspiros ,
 y si suspiro , siempre agradecida de amor por él será : el fuego activo , que ardió en mi pecho por la vez primera
 tan solo adoraré , ni acaso extinto otro se encenderá de sus cenizas , que amo á Siveno , y por Siveno vivo.
Vase.
Ulan. Minteo viene , voyme. O si supiera
 cuánto me cuesta este rigor !
Sale Mintéo. . . Bien mio , bella Ulania , tú huyes ? ah ! si el rostro del mísero Mintéo aborrecido te cansa , ya te dexo : á Dios.
Ulan. Aguarda ,
 (qué agrado ! qué modestia !) no te he dicho *aparte.*
 que no me vieses mas ?
Mint. Es cierto.
Ulan. Luego á qué vienes ?
Mint. En busca de mi amigo el valiente Siveno , á quien diversos Mandarines le buscan.
Ulan. Con qué es fixo , qué no vienes por mí ?
Mint.

Mint. No.

Ulan. Y tú te acuerdas
de la ley que te impuse?

Mint. No la olvido.

Ulan. Pues sigue en busca suya.

Mint. Ah! no tan presto
te despidas, cruel.

Ulan. Si ya no es mio
tu corazón, de qué te quejas? dime?

Mint. Qué no es tuyo! te ofrezco en
sacrificio

un alma, que te adora y no te ofen-
de:

así como adoramos sin delito
el Númeron Sacro y agradece el culto.

Ulan. Qué fino amor! *aparte.*

Mint. Pero si yo he podido
amándote ofenderte, á Dios te que-
da

por la postrera vez.

Ulan. Cielos!

Mint. Indigno
de estar ante tus ojos, de tí léjos
huiré desesperado: ni el suspiro,
ni el llanto turbará la paz serena
de tu bello semblante, y yo tran-
quilo

moriré, pues te aplace que yo mue-
ra.

Ulan. Mintéo, escucha. Acaso tú has
creído

á Ulania injusta; no, no te abor-
rece.

Admiro tu valor, tambien admiro
tu virtud, tu modestia; mas:-

Mint. Qué?

Ulan. El hado
puso, por mi desgracia, un infinito
espacio entre los dos. Tu nacimien-
to:-

Mint. Con que al fin te desplace?:-

Ulan. El vil destino,
que te hizo ver la luz en baxa cuna.

Mint. Luego si fuese yo de tí mas dig-
no?

Ulan. Ah! si fueses:- á Dios. Yo no
pretendo

averiguar secretos, que escondidos

tu corazón reserva; mas no quieras
saber tampoco los que guarda el mio.
Esta altivez es hija de mi sangre,
pero jamás sabrás lo que ha sufrido
un alma, que pospone á sus deberes
la grata inclinacion de su cariño.

vase.

Mint. Ah! sí, mi bien, te entiendo:
tú me amas.

aunque el labio calló lo que me dixo
el alma por tus ojos.

Sale Leango. . . . Dí Mintéo,
á dónde está Siveno? no le has visto?
cómo estás tú sin él?

Ulan. Le voy buscando
por el Palacio, y verle no he podi-
do.

Leang. Escúchame: le amas?

Mint. Si le amo!
Le amo héroe, compañero, amigo,
protector en la Corte, y en las tro-
pas

mi defensor, mi guia y mi caudillo
por mi deber, mi amor y mi carácter.

Leang. Te acuerdas de quién fuiste?

Mint. Un desvalido
inocentillo infante abandonado
á un extranjero.

Leang. Bien, y ahora?

Mint. Viví entre vivo lo pompa del ho-
nor y fausto,

y una gran parte del Imperio Chino
de mí depende, gracias á tu mano
benéfica y amiga.

Leang. Y al olvido
pudieras dar la gratitud qué debes?

Mint. Pero, Señor, y cuál es mi delito
que este exámen merece? por qué
juzgas

á tu Mintéo ingrato? Ah! yo te pi-
do,

que me arrebatas otra vez tus dones,
que derrames mi sangre, yo tran-
quilo

á todo callaré; pero tu duda
no puedo tolerar.

Leang. Ven, hijo mio,
Mintéo amado, tu virtud conozco

y la aprecio ; quizá este dia mismo
la deberé provar.

Mint. Dime:-

Leang. No es tiempo.

Mint. Hasta que no recibas un indicio
de mi fidelidad jamás ingrata,
no podré sosegar.

Leang. Busca á mi hijo,
que pronto le darás.

Mint. Ah ! no lo dudes.

Tú eres mi Padre ; el aura que res-
piro,

el honor, las virtudes, todo es tuyo,
si á tí no te soy fiel, á quién amigo
mi corazon sería ? Si este fuese
capaz de ingratitud al compasivo,
al bienhechor Leango, á Cielos y
tierra

me ocultára por siempre en el abis-
mo. *vase.*

Leang. En fin, ya llegó el dia, que
hasta ahora

tanto dolor, afanes y suspiros
costó á mi alma. El heredero oculto
mostraré ante su pueblo, y al vacío
Trono paterno guiará mi mano.

En fin, ya veo el puerto mas vecino
sin temer los escollos. Los Autores
del revelde atentado el tiempo ha
extinto

y disipó mi celo : son me fieles
los Xefes y las tropas, y escogido
un ejército Tártaro se apresta
para volar en el socorro mio.

Ah ! ya es tiempo, ya es tiempo.

Y vos, supremas
Mentes reguladoras del destino
del mísero mortal, baxad propicias
de mi celo en favor. Me cuesta un
hijo:

vosotras lo sabeis. Ay ! yo no implo-
ro

otro premio mayor de mi peligro,
de mi llanto, mi sangre y mis cui-
dados,

y muera yo despues, que harto he
vivido.

Mas qué tumulto ?:-

Voces. . . Solo de Leango
esperamos la paz : viva el benigno
Padre del Pueblo.

*Salen Siveno, el Sacerdote y algunos
del Pueblo.*

Leang. Y dónde tan alegre
caminas, hijo mio ?

Siv. A tus invictos
pies, ó Señor:-

Leang. Qué haces ? alza. Y estos
qué buscan ?

Siv. A su Rey.

Leang. Qué dices, hijo ?

Siv. Al fin, el Cielo :

Leang. Alzad, ó no os escucho. *Se le-
vantán.*

Siv. Al fin, el Cielo coronó benigno
tus virtudes, Señor. De tantos Rey-
nos

conservados por tí, por tí regidos
y por tí victoriosos y felices
eres ya Emperador, sí Padre has
sido.

Leang. Cómo ?

Siv. Señor, los Grandes, el Senado,
los Ministros del ara y los Caudillos
solicitan tu asenso. Así lo exíge
la pública esperanza, y el peligro
del Trono ántes desierto, ahora tu
yo,

y por todos en fin lo pide un hijo.
Sacerd. Virtuoso Leango, el Trono
yermo,

por la falta de un Rey aborrecido
y muerto en el destierro, te convida
con este premio. El plácido rocío
sobre la ardiente arena del desierto
no le será mas grato al Peregrino,
que mirarte en su Trono al dócil
Pueblo,

que adora en tí su Padre, en tí su
amigo,

en tí su bienhechor, rumor confuso,
que anuncia un heredero, preveni-
do

su voz en tu favor. Bien deseára
de la raza Imperial gozar tranquilo
algun infante sobre el Chin o solio:

pero

pero él sabe, señor, que han pere-
cido
á manos de verdugos sanguinarios;
sabe tambien, que vengador cuchillo
cortó á raiz sus dulces esperanzas.
Y temiendo que un Príncipe fingido
no repita aquel dia de dolores,
aquel dia fatal, que dió principio
á la desolacion y la venganza;
á tí por su Monarca te ha elegido.
Y yo, Ministro del sagrado Tem-
plo,

Sacerdote de paz y del divino
Legislador Confucio, en nombre su-
yo

nuestra felicidad y paz te pido.
Sib. Ah! sí, Señor. Escucha grato un
Pueblo,

que te aclama su Rey, dándote in-
dicios
de eterno amor. Será que sin conse-
jo

tus beneficios echas en olvido,
y que quando humillado te suplica
le niegues el mayor? Tan poco un
hijo,

tan poco puede la affigida Patria?
Oye, Señor, escucha el regocijo
con que te llama Padre, con que
invoca

tu amparo, y se prepara al sacri-
ficio,
que debe preceder tantas venturas.

Sacerd. Vamos, Señor, que aguarda
en el recinto

del regio Templo el numeroso pueblo
ansioso de besar tus pies invictos.

Leang. Tú quisieras, Fortuna, la
victoria *ap.*

de mi fidelidad; pero los brillos
de tu insidioso don no me deslumbran,
ni me guiará un cetro hácia el delito.

Siv. Qué piensas?

Leang. Qué preguntas? Sabes cuánto
pesa el diadema de que va ceñido
el virtuoso Rey? cuánto es difícil
dar exemplos y leyes? dar castigos

é inspirar el amor? ser Juez, ser
Padre,
ciudadano y guerrero á un tiempo
mismo?

Sabes cuántos contrarios cautelosos
rodean su virtud? qué circuido
en delicia y placer se entrega al ocio,
ó á la crueldad le guia el impres-
crito

poder que le confian? sabes quánto
seduce, cuánto engaña el atractivo
de la lisonja, que en virtud trans-
forma

las culpas de los Reyes y delitos?

Sib. Lo sé; tú me explicaste los esco-
llos

de tan inmenso mar.

Leang. Y si vacilo
te causa admiracion?

Siv. Quando es experto
el piloto, Señor:-

Sacerd. Y qué peligro
puedes tú recelar? Quién supo sabio
la carga sostener de estos dominios,
Privado solamente, no podria
con nombre de Monarca? Yo te in-
timo

de parte de la ley, que tú te debes
al Pueblo en que naciste, al Pueblo
mismo

que defiende tus Lares, y á quien
une

lazo de estrecha sociedad contigo.
Hombres y Cielo te señalan todos
por nuestro Emperador, y tú reniso
no te quieras hacer reo á la patria,
negándole inclemente los auxilios,
que á tu mano benéfica le pide
contra algun ambicioso.

Leang. Yo confio,
que no turbe la espada usurpadora
la paz de que gozais. Partid, amigos;
convocad al Senado á quien espero
declarar mi intencion. Y tú, hijo
mio.

sigueme al Templo, donde al Nú-
men santo

invoques favorable á mis designios.

Vase acompañado del Sacerdote y Pueblo.

Siv. Ya te sigo, Señor. En fin, fortuna, yo tan léjos del Solio, yo creído desdichado por siempre sin la mano de mi bella Lisinga, que enemigo un rival mas felice me quitaba; ya el heredero del Imperio Chino solo espero venturas, triunfos, glorias,

que tan solo apetezco, solo estimo por poder presentarme ante los ojos de mi amable cautiva de ella digno. Y yo pierdo un momento tan precioso

en vanas reflexiones? Cielo, amigo, dónde estará Lisinga? Mas Leango hácia el Templo camina, y es preciso

acompañarle en él. *va á irse, y sale Lisinga.* Siveno, escucha.

Siv. Ay esperanza mia!

Lising. Dí, ha mentado mi deseo, ú es cierto que tu Padre:-

Siv. Sí, todo es cierto.

Lising. Luego el prometido

Príncipe de la China es mi Siveno?

Siv. A Dios, Lisinga, en breve a tus divinos

ojos, no mas amante, mas dichoso tornaré. A Dios.

Lising. Mas oye. Este improviso rayo de tu ventura como:-

Siv. Sabe:-

ah! no puedo, que aguarda el Padre mio. *vase.*

Lising. Y no sueño? y es cierto? sí mi amante

ve aquí dueño del Asia, y el temido arcano manifiesto. Qué venturas me anuncia el corazon con mil latidos!

y qué delicias llenarán mis dias al lado de un esposo! no el suspiro, no el llanto de la pena dolorosa empañará sus ojos ni los míos; el llanto del placer bañará solo á Lisinga y Siveno. Ya le miro,

rodeado de un Pueblo que le adora, derramar generoso beneficio, y oygo su augusto nombre resonando

en boca del mortal agradecido.

Ya le miro en el Solio sacrosanto de la Justicia, y premios y castigos

pesar en su balanza. Ya guerrero le miro combatir al enemigo:-

Ay! Pero la victoria le conduce, y toma vencedor, jamás vencido.

En fin le miro deponer humilde el lauro del combate, y desceñido sacrificar á mis amantes ojos

sus glorias y su amor en el asilo de inhausto placer:- Amable suelo donde aprendí el amor! conqué tranquilo

amará ya mi pecho sin el miedo de abandonarte mas? con que contigo,

caro Siveno, viviré por siempre, y por siempre amaré? Ay! el delirio

de la felicidad turba mi alma:-

Agitada :- confusa :- un sudor frio y un ardor inmortal corre en mis venas.

Ah! que tanta ventura es ya martirio

para un alma, que ama, y es amada. Ay! afectos, que entorno al pecho mio

volais arrebatados! basta, basta, no me apreteis, que de placer espiro.

ACTO SEGUNDO.

Miradores, desde donde se descubre una gran parte de la Ciudad, y el atrio Sale Minto.

Siv. Déxame: caro amigo; mi martirio

no sufre compañía ni consuelo

Mint. Mas no tan presto pierdas la esperanza.

Siv

Siv. Qué he de esperar? no rehusó el Imperio

Leango? el heredero no pretende hoy mismo publicar? pues qué consuelo

habrá para mi pena?

Mint. Tu constancia.

Siv. Y qué constancia habrá contra el acervo

dolor que me rodea? Ya invocaba por todas partes el alegre acento, el nombre de Leango; ya en el ardia fausto el sacrosanto fuego en la presencia del antiguo anciano, Legislador de Reyes y de Pueblos el divino *Confucio*, quando entramos

mi padre y yo por el augusto Templo.

Yo seguia sus huellas, como el hombre

á quien conduce amor por el sendero

de su felicidad, á quien promete un trono en recompensa de su zelo, y (lo que es mas) la mano de *Lisinga*.

Así lleno de ardor, cada momento que tardaba mi padre en ser Monarca,

me parecia, amigo, un robo inmenso

sobre la dicha mia. En fin, devoto el Sacerdote, derramó el incienso sobre la llama, é invocó propicio el numen siempre justo; y extendiendo

la mano en que pendia el diadema, se la ofreció á mi padre. »Yo la

acepto (le respondió tranquilo); pero vuelva

sobre el altar. Legislador supremo, anciano virtuoso, que ya moras

al lado de tu Dios, á tí la entrego,

á tí, oh custodia de las santas leyes! te doy en guarda el trono del Imperio.

Tú sabes que hay un Príncipe. Sí, amigos,

(dixo, volviendo al Pueblo) un heredero

tiene la China, y pronto á los pies suyos

bendecireis el númen justiciero.»

Yo al oír á mi padre, qual herido del rayo, confundido y sin aliento

me olvidé por un tiempo que existia; pero salí del templo, maldiciendo

una ventura, que cruel huia qual las fugaces sombras en el sueño.

Mint. Pero, *Siveno*, no te humilles tanto:

muéstrate digno del Imperial cetro, quando lo pierdes.

Siv. Crees que yo llore la pérdida de un trono? merecerlo,

no conseguirlo ha sido el voto mio. Piérdase; la virtud no hará un es-

fuerzo para sufrir su pérdida, no, amigo.

Mas tú, que sabes lo que oculta el pecho,

que ves arrebatarme con el trono al dueño mio y que lo sufre el cielos

¿quieres verme tranquilo en dolor, tanto?

Mint. Digno eres de piedad, yo le confieso;

pero....

Siv. A Dios.

Mint. Dónde vas?

Siv. Voy á alexarme de este palacio. Amigo, yo no puedo

esperar aquí paz: de mi pasada felicidad el doloroso aspecto

veria en todas partes. Pensaria allí, en sus dulces ojos alhagüenos;

aquí, como admitió mi amor piadosa, en esta parte, el amoroso ceño;

en aquella las quejas, las finezas, nuevas prendas de amor. Cada momento

pensaria las veces que me dixo, que moriria envuelta en llanto eterno;

antes que abandonar el amor mio...
Y la vería yo pasar al lecho
de un felice rival! Déxame, amigo.

Mint. Mas dónde vas?

Siv. A dónde? me voy léjos
de este suelo fatal: dexa que huya,
que antes lo amaba, ahora lo abor-
rezco.

Mint. Pero piensas, huyendo de los
hombres,

encontrar en los áridos desiertos
alivio á tu pesar? no, amigo mio.
Cercado en todas partes por objetos
de amarga soledad y silenciosa,
la imágen del dolor irá en aumento
en una fantasía á quien ocupa
la memoria del mal y desconsuelo.
Aquí donde la dicha se aparece
baxo semblantes mil siempre diversos,
te hará quizá muy ménos infelice
la dulce imágen de un felice pueblo.

Siv. Ah, que la desventura á todas
partes

va en pos del infeliz! ¿Y qué con-
suelo

tuviera yo, que no le acibaráse
el mirar á mi bien con otro dueño,
un bien, que solo es mio, entre los
brazos

de un mortal mas feliz? Ah! que no
puedo

resistir una idea tan horrible.

No, yo debo buscar, caro Minteo,
la odiosa compañía de las fieras,

y renunciar al bien que aquí no en-
cuentro.

Mint. Detente: Ulania viene ácia este
sitio;

quizá en tu mal te ofrecerá consejo,
Sale Ulania.

Siv. Ah Princesa! conoces otro alguno
mas infeliz en todo el universo?

Mas donde está Lisinga? sabe acaso
mi desgracia? qué dice?

Ulan. Al sentimiento
insensible quedó.

Siv. Desventurado!

Huyó mi dicha como niebla al viento

huyó, y huyó por siempre. Aquella
mano

y el corazon que prometió á Siveno
amor, será de otro?

Ulan. No lo creas.

Siv. Cómo?

Ulan. Porque aun á costa de un Im-
perio

te será fiel. Te ama, tus virtudes
son el solio á que anhela, y yo pe-
netro

su corazon.

Siv. Mas no penetra el mio.

Sufrir yo que se mezcle al servil
Pueblo

la que nació en el trono? un bien
tan grande

á mi patria robar? quitar al cetro
su gloria y su ventura? ah! no lo
creas,

ni me juzgué jamas á tal extremo
amante vil, ú Ciudadano indigno.

Ulan. Pues le queda á tu mal otro re-
medio?

Siv. Huir.

Mint. Dónde?

Ulan. Y á qué?

Siv. Donde no haya

alivio á mi dolor y á mi tormento
á llorar y á morir.

Mint. Pues qué á Lisinga
así abandonas?

Ulan. Oyela primero.

Mint. O la verás al ménos.

Siv. Hay amigos!

qué me decis? Al ver su sentimiento,
el corazon la pena aumentaria,
y en el último, á Dios, quedará
muerto.

Mas vosotros decidla quanto sufro,
que la amaré por siempre, que va
impreso

su retrato en mi alma, que... no
amigos,

ah! no, callad, que es débil aquel
pecho

contra dolor tan grande, y no se
agrave

su desventura y su pesar. Yo quiero morir; pero Lisinga, viva, viva y muera solo el mísero Siveno.

Vase.

Mint. Si tu rostro es, Ulania, copia bella del bello corazón, duelete al ménos del infeliz amigo: ve á Lisinga y á Leango á informar, parte al momento.

¿Quién sabe á qué pudiera conducirle de dolor que padece?

Ulan. Y tú en el riesgo, por qué así le abandonas?

Mint. No es posible, que yo le siga porque ansioso vuelo á sosegar un popular tumulto.

Ulan. Y quién lo muevé?

Mint. Ignoro al mismo tiempo la ocasion y el autor.

Ulan. Mas por qué expones al peligro tu vida?

Mint. Así obedezco al venerable Alsingo.

Ulan. Quién es ese?

Mint. Quien niño abandonado en tierra y Cielo me encontró, me acogió, limpio mi llanto, y qual hijo educó. No me dió, es cierto,

mas conservó mi vida, y esta sangre por él derramaré, pues á él la debo.

Ulan. ¿Y si acaso tu vida interesára algun corazón noble que en silencio te amase?

Mint. No presumo, bella Ulania, tanto de mi ventura, ni merezco ser amado quizá?

Ulan. Pero en fin, dime, romperías acaso los preceptos de quien te detuviera cariñosa, y apartarse tu vida de algun riesgo, que haría el riesgo suyo?

Mint. Y tú lo dudas? Yo daría mi sangre al duro acero, si su peligro, ó el precepto suyo

lo exígiesen de mí; pero primero sería virtuoso, que no amante.

Esta luz que disfruto á quien la debo? Ni quien guió mi planta en tierna

infancia por la senda del bien, sino el consejo

del bienhechor Alsingo? quién me puso

en el camino del honor supremo, trayendome á palacio, y adestrando mis manos al guerrero vencimiento?

En fin, quien conservó la vida mia para ofrecerla ante los ojos bellos de la divina Ulania, sino Alsingo?

Yo lo repito: si el primer aliento de Minteo es de Alsingo, que él disponga

del último suspiro de Minteo.

Ulan. Qué generoso y grato!

Mint. En paz te queda.

Ulan. Oye.

Mint. Qué mandas?

Ulan. Es verdad que puedo hacerme obedecer?

Mint. Pruevalo.

Ulan. Fio

en tí mismo de tí. Sabe, Minteo, que debes responderme de tí propio, y no arriesgar con temerario esfuerzo una vida tan bella.

Mint. Dueño mio! y es verdad? tú me amas?

Ulan. Yo! qué acento he dicho yo de amor?

Mint. En tus temores, en tu cuidado, en ese tierno afecto y modesto rubor lo he conocido.

Ulan. Ah Minteo! y qué sirve el conocerlo?

Mint. De qué me sirve? de llenar mis dias

de mil venturas; de inocente premio á mi amorosa llama, que no anhela mas galardón, que ver tus ojos bellos y la dulce esperanza de que un dia seré quizá de tu cariño objeto.

Vase.

Ula.

Ulan. Ah! no aguardes el dia que me anuncias,

que ya triunfó el amor de mi secreto,
y la debil Ulania su recato
depuso en fin. ¿Pero podia menos
de adorar la virtud? Sí, yo debia
ocultarte mi amor. ¿Y cuál ingenio
pudo encontrar el arte de ocultarle,
ó de esconder la llama del incendio?

Sale Lisig. Hermana, y me abandonas? nunca tuve

mayor necesidad de tus consuelos,
amiga, y tu favor. Ah! no me amas,
pues me olvidas así quando mas
peno.

Ulan. Mas que tú piensas tu dolor me aflige.

Lisig. Pues bien, asisteme, que no
me encuentro
yo capaz de consejo. En solo un
punto

temo, deseo, dudo, me arrepiento,
y sumergida en mil y mil delirios
me confundo, me canso y no re-
suelvo.

Ulan. Y ¿qué has de resolver? Timur
tu padre

sabes que te destina al heredero
del cetro de la China, y que tu
amante
está léjos del trono.

Lisig. Harto lo veo,
¿por qué me lo repites? te com-
places

en aumentar mi amargo senti-
miento?

Sí, lo sé; pero dexa al amor mio
que se finxa delirios lisongeros;
que sino ¿qué me queda, qué me
queda,

perdida la esperanza?

Ulan. Pues de nuevo
torna á creer, que es Príncipe tu
amante.

Lisig. ¡Ay Ulania! tampoco es un
remedio

el delirio á mi mal. ¡Triste Lisiga!
Quando me preparaba á un himeneo,

que iba á hacer las delicias de mi
vida;

quando embebida en dulces deva-
neos

me juzgaba dichosa, un solo golpe
el árbol de mi paz abate al suelo,
y arranca la raiz de mis placeres.

¿Sabes, amiga, quanto es el tor-
mento

del infeliz, que un dia fué dichoso?

Dolorosa virtud, yo te detexto
yo detexto á Leango, que ha podido
ser insensible á un solio, y á Siveno
me arrebató cruel.

Ulan. Princesa, hermana,
modera tu dolor, vuelve en tu
acuerpo

y no culpes injusta al que obedece.
Tú eres el signo de la paz de un
pueblo,

y el Tártaro Monarca así lo manda.

Lisig. Pues ve aquí mi dolor y des-
consuelo,

si un padre que me ama me condena
al sinsabor de un yugo que abor-
rezco.

Ulan. Pero así afirma la amistad du-
dosa

del Tártaro y el Chino y conociendo,
que el lazo de un tratado es harto
débil,

pretende que la sangre lo haga eterno.

Lisig. ¡Y yo seré la víctima mezquina,
que debe hacer constante y duradero
con su infelicidad este contrato!

¡y yo nacida sobre el solio regio
no gozaré la libertad que goza

aun el mortal mas vil del universo!

¡Oh vosotros mil veces venturosos,
vosotros que tranquilos en el seno
de dulce obscuridad podeis ser fieles
á quien amor os dicta, sin que el

miedo

de aborrecidas leyes os perturben!

¡ay, cómo envidio el placido sosiego
de vuestro corazon! ¡ay, como én-
vidio

lo que gozais y yo gozar no puedo!

Ulan.

Ulan. Hermana, yo confieso que tu suerte es digna de mi llanto, y yo le vierto sobre tu desventura; pero acaso no habria un medio....

Lising. Calla que no hay medio: que le ha cerrado el paso á mi fortuna, cómplice con mi mal el duro Cielo.

Ulan. Escucha. Yo escribiera al padre mio, descubriendo mi amor: él ama tierno á su obediente hija, y no es posible, que quiera hacer odiosos y funestos los dias de su vida.

Lising. Es cierto, amiga: corre á llamar veloz el mensagero de Timur, entretanto que yo escribo.

Ulan. Voy.

Lis. Espera. Primero que á este puerto retorne el mensagero: ¿quién, hermana, me querra dar favor? Leango mesmo me obligará á cumplir....

Ulan. Parte en su busca, y que por tí difiera el himeneo.

Lising. Vamos.... ¿Pero qué causa he de fingirle?

¿Descubrirle mi amor? ¡ah! que no puedo

dar este duro paso. Si yo hallase una razon..... ¿Mas dónde está Siveno?

¿por qué yo no le veo?

Ulan. No se atreve á presentarse á tí.

Lising. Pero tú al ménos le viste?

Ulan. Sí.

Lising. ¿Qué dixo? ¿qué medita?

Ulan. Medita su partida.

Lising. ¡Santo Cielo!

¿y por qué?

Ulan. Porque teme al dolor suyo y teme á tu dolor que juzga inmenso.

Lising. ¿Y partióya? *Ulan.* No sé.

Lising. ¿Qué no lo sabes?

¿Y esto, (guardias.). ¡cruel hermana! y esto, *Sal. 2. guard.*

pérfida me callabas? Guardias, ola, á Siveno buscad, no perdais tiempo, alcanzadlo, traedle. *V. los guard.*

Ulan. Pero trata de moderar tu pena.

Lising. ¡Ay! huye léjos, huye de mí, muger.

Ulan. Amiga, hermana....

Lising. ¡Tú mi amiga! ¡mi hermana! cruel pecho,

¡ha! no profanes tan sagrados nombres;

mi enemiga eres tú: ni en ese fiero corazon derramó naturaleza de amor y humanidad algun afecto.

Ulan. ¿Pero no escucharás...

Lising. Con que inhumaua, ¿quándo yo amante procuraba medios

de hacer menor mi mal, tu doble alma

se burlaba traidora y en secreto de todo mi dolor? ¡Con qué apariencia

de sincera amistad, de amor frateruo me consolaba y mi Siveno amado huia en tanto de la patria léjos

y léjos de Lisinga! Ay! si las guardias

le podrán encontrar? ¡guardias, Cielos,

guardias donde esté.

Ulan. Quiza muy pronto...

Lising. ¡Ah pérfida muger! que tú me has muerto.

Ulan. ¿Pero qué pude hacer?

Lising. ¿Qué me preguntas? detenerle, avisarme.

Ulan. Mas que el viento huyó veloz de mí, sin que pudiera contenerle tu amor, ni yo y Minto.

Lising. Calla que me aborreces, enemiga,

y cruel ries de mi llanto eterno.

Ulan. Me culpas sin razon. En pena tanta

como tú me confunde, y no soy reo, sino lo eres. ¡Yo cruel! me olvida

por

por ella de mi propia, y vituperios
son la merced que obtengo? A Dios.
ingrata.

Lising. Ah! no, perdona, Ulania, el
sentimiento

me hacia delirar. Hermana, amiga,
asisteme, procura que Siveno
no se aleje de mí: ve, compadece
mis lágrimas y amor.

Ulan. Iré; mas quiero,
que no te abatas ni envilezcas tanto.

Vase.

Lising. Ve á buscar á Siveno, y yo lo
ofrezco.

Ay! si yo le perdiera, ¿qué sería
de mí desventurada y sin consuelo?

Sal. Leang. Al fin, Princesa, se llegó
aquel día

en que te ofrezca el labio los respetos,
que el alma te ofreció. Mi soberana,
hoy de la China el astro placentero
brillarás en el trono, y conducida
al tálamo real....

Lising. Oye primero.

Si ha de vivir ó preso entre cadenas
mi corazón, elijáse los hierros
el infelice; que si amor injusto
cruel le arrebatase este derecho,
¿qué le quedaba, sino pena y llanto?
En fin, si á tu virtud concedió el
Cielo

disponer de un Imperio, el alma mia
no sufre la opresion: á mi deseo
he dispuesto ya de ella. A Dios,
Leango:

busca otro astro para el Chino Im-
perio. *Vase.*

Leang. Quiero desengañarla: mas no,
antes

que los tártaros lleguen, mi secreto
no es justo aventurar.

Sale un Soldado Tártaro con un pliego.

Sold. Señor, las tropas
de Tartaria han llegado, y este
pliego
sus caudillos te envían.

Leang. ¿Dónde quedan?

Sold. Al pie de las murallas.

Leang. ¿Pero el pueblo
no muestra alteracion al ver que pisa
un ejército Tártaro este suelo?

Sold. Todo respira paz: quiza discurre,
que llega á la Ciudad con el intento
de celebrar la pompa de este dia,
de este dia feliz en que dos Reynos
esperan reunirse con los lazos
de una eterna amistad y el himeneo
de su bella Princesa.

Leang. Andad, amigo,
y decid á los Tártaros guerreros,
que presto serviran á mis designios
sus valientes espadas.

Sold. El deseo
que nos hizo elegir en favor tuyo
no será infructuoso. *Vase.*

Leang. A mi Siveno
es preciso buscar. ¡Quánta alegría
será la suya, si al augusto cetro
va unida su Lisinga! Mas leamos
lo que dice Timur. *lee.*

Sal. Siven. Cielos! ya vuelvo
obediente al precepto de Lisinga.

Ay! que aun antes de verla, sudo,
tiemblo:

no....¿mas puedo faltar á lo que
manda?

Leang. En fin astros benignos, llegué
al puerto,
llegó el socorro Tártaro.

Siveno. Lisinga
lo quiere y es preciso: mas ¿qué veo?
mi padre, huyamos, no penetre
acaso
mi turbacion.

Leang. Escuchame Siveno.
(El Cielo me le envía.)

Siveno. ¿Y qué disculpa... *Ap.*

Leang. Señor. *se arrodilla.*

Siveno. Padre, qué haces? *le alza.*

Leang. No merezco
ese nombre.

Siveno. Por qué? tú lloras! dime,
¿qué lágrimas son esas que en tí
observo?

miserio yo! quiza de aque se llanto
que tus mexillas bañan un hijo es reo.

Leang.

Leang. No tengo hijo.

Siven. Ah Señor! perdona,
perdoname mil veces: ya comprendo
que no apruebas mi amor, ni que
atrevido
adorase á Lisinga. Es cierto, es
cierto;
la culpa es grande; ¿pero habrá
quien pueda
verla y no amarla?

Leang. Es justo, y yo te apruebo
el amor á tu esposa.

Siven. Mi delito,
¡ay padre! no merece los tormentos
de una burla cruel, quando su mano
de un Príncipe ignorado será pre-
mio.

Leang. Y tú eres ése. *Siven.* Quién?

Leang. El regio niño,
que arrebaté á la muerte en el san-
griento
estrage de los suyos. Hasta ahora
regí por tí las riendas del Imperio,
suspirando aquel dia en que tran-
quilo.
te devolviese el trono de tu pueblo;
y pues que ya llegó, venga la
muerte.

Siven. Sera verdad ó acaso devaneo.
Yo... ¿tú me engañas?

Leang. Nó: tú eres *Svenvango*,
último hijo de *Livanio*.

Siven. Cielos! ¿Y el trono. *Leang.* Tuyo.

Siven. ¿Y mi Lisinga... *Leang.* Tuya.

Siven. ¡Oh venturoso yo! Lisinga....
¿sueño?

ah! yo quiero que sepa...

Leang. Y dónde corres?

Siven. A verla.

Leang. Si me amas, yo te ruego,
que ninguno te vea en un estado
tan ageno de tí: vuelve en tu acuerdo
y considera..

Siven. Ay Dios! Lisinga llora.

Leang. Yo voy á consolarla. Tú en el
templo,
miéntras los Sacerdotes y el Senado
se juntan por mi orden, con secreto

aguarda solitario, y entre tanto
ve preparando el alma al nuevo peso.
Medita quantos pueblos en tí es-
peran

su padre ó su tirano; á quantos
Reynos

ora infelices, ora venturosos
podrás hacer; que todo el universo
sera tu juez; que la virtud ó el vicio,
sobre el trono admirados, son exem-
plos

que imita siempre el hombre; "que
á los Reyes

les concedió el destino los Imperios
en custodia, no en don:,, que de sus
obras

pide razon sobre su trono eterno
un Dios jamas injusto, que qual ama
al que fué amado del humilde pue-
blo,

tal ódia los tiranos, y en su frente
derrama las venganzas justiciero.

Siven. Sí, padre mio, haré... verás...
quisiera

decirte mucho... mas Lisinga... el
cetro...

todos tus beneficios...

Leang. No te afanes,
Señor.

Siven. Señor me llamas? ah! no quiero
sino ser hijo tuyo: en este nombre
está mi gloria toda. ¿Sin el zelo
de mi caro Leango, qué sería,
qué sería de mí? Tú mi maéstro,
mi bienhechor, mi padre, en fin mi
amigo,

todo á tí te lo debo: amor, respeto,
fidelidad...

Leang. No mas, amado hijo, le abr.
que no puedo sufrir tan dulce afecto.
Perdoname, Señor, y si mi llanto,
y la sangre infeliz, que dí al acero
por conservar la tuya han merecido
al que Padre llamabas algun premio,
disculpa un hombre, que impacien-
te abraza

no á su Rey, á su hijo. Pero el
tiempo

es precioso, Señor, y voy en busca de la Princesa. A Dios. *le abrazavase*
Siven. Al fin ya puedo llamar mia á Lisinga ; Qué inefable será quando lo sepa su contento!
Sale Minto. Amigo, escucha alguno?
Siv. Nó. *Mint.* Oh extraña disposicion del hado!
Siv. Y qué suceso es el tuyo?
Mint. Que el Principe ignorado se ha descubierto ya.
Siv. Cómo tan presto te llegó la noticia?
Mint. Y quién ha sido quien la traxo á tí?
Siv. Leango mismo.
Mint. Hubieras tú creído, que tu amigo fuera un Monarca? *Siv.* Qué.
Mint. Que tu Minto fuera hija de Livanio.
Siv. Tú? *Mint.* Sí. *Siv.* Cómo...
Mint. Y para hacerte sabedor primero de una noticia tal á tí, venia, mas puesto que la sabes, ni un momento me puedo detener : á Dios.
Siv. Escucha (que es esto cielos)! Dí, y ese secreto quien te le reveló?
Mint. Mi anciano Alsingo.
Siv. El que ignorado niño..
Mint. Yo le debo á su engaño la vida: él me dio cuenta de mi nombre, mi agravio y nacimiento con el mayor sigilo. A Dios.
Siv. Mas oye. Que testimonio ha dado de que es cierto tu agravio antiguo, el nacimiento illustre (ro- y en fin de que es Minto el heredero del cetro Chino?
Mint. Todo lo atestigua (mo- la lealtad del anciano. El día mes- en que sañudo un pueblo sublevado

tiró contra al Monarca el duro yerro ví el sol la vez primera. Ya tú sabes, segun nos ha contado en algun tiempo, el fiel Leango, que la airada turba entró en Palacio con furor rompiendo matando atropellando quanto hallaba.

Huyó Livanio del revelde aceso. Pero el pueblo cruel, que penetraba por la regia mansion quizá sediento de la sangre imperial, la iba buscando de las Princesas en el blando seno. Yo tambien perecíera, tierno niño abandonado de la tierra y Cielo, si en mis propios verdugos no se hallase, un hombre de piedad, que padeciendo, su corazon en las heridas mías me arrancó de sus manos, y así embuelto en las reales ropas, que conserva en prueba de su amor, huyó encubierto á los campos conmigo. Allí he vivido oculto baxo el nombre de Minto hasta que tu buen padre generoso me trasladó al honor, que de él obtengo.

tal es el testimonio de mi anciano. *Siv.* Dónde estoy!) Pero al fin con qué pretexto

te lo ocultó hasta hoy?
Min. Vacio el trono aguardaba ocasion en que sin riesgo pudiese hablar ; mas hoy en que á Leango

lo vió ofrecer y en mi á su justo dueño descubrió la verdad. Oh! si tu vieras qual lo celebra el numeroso Pueblo! Pero yo me detengo y mi tardanza pudiera ocasionar con el rezelo algun tumulto. A Dios, *Siveno* amigo, que subdito ó Monarca serlo ofrezco,

Siv. Oye un instante,

Mint. A Dios.

Siv. Eterno Númen,

vase.

qué

qué es esto ? Soy *Sveraingo*, soy *Siveno* ?
 dónde estoy , ó quién soy ? me en-
 gaña el Padre,
 ó es mi amigo traydor ? Ah ! que no
 puedo
 creer falaz á un Padre, ó á un ami-
 go.
 Mas cómo guarda un testimonio re-
 gio
 de mi desdicha y la ventura suya
 en la veste pueril ? Sería cierto,
 que pérfido *Leango* alimentase
 mi alhagüeña esperanza, cuyo objeto
 una cruel verdad disiparía ?
 Nó, que esto es imposible, no lo creo.
 Yo fuí testigo, que su grande alma
 despreció un Sólido augusto Templo
 que no la fuerza, á la pérfidia indigna
 se lo ofrecian: lo ofrecia un Pueblo,
 que adora en él las glorias y virtu-
 des,
 que hicieron venturosos los Impe-
 rios.
 Mas lo guardaba para mí, que siem-
 pre
 fuí el primero objeto de su anhelo.
 Ora Rey, ora hijo ha demostrado
 un amor paternal á su *Siveno*;
 y harto virtuoso para hacerse
 una burla cruel de su tormento.
 Y si mi amigo es Príncipe ? *Lisinga*:-
 Ay ! qué será de mí si yo la pierdo ?
 si quando imaginaba siempre aman-
 te
 ofrecer á sus pies corona y cetro
 la veo circuida del diadema
 por una mano agena ? Ah ! yo te
 cedo,
 venturoso *Mintéo*, Trono y gloria;
 pero no me arrebatas el consuelo
 del amor de *Lisinga*, sino quieres
 que muera de pesar y sentimiento.
 Mas ella viene: huyamos, y no aña-
 da
 dolor á su dolor.
Sale Lising. Gracias al Cielo,
 mi bien, que te encontré. Mi Rey

mi Esposo,
 qué ya te puedo dar nombre tan
 tierno
 y tan lleno de amor !
Siv. Desventurada ! *ap.*
 qué la diré, que no la rompa el pe-
 cho
 con la saeta del dolor ?
Lising. Te juro,
 que no trocará el plácido contento
 que gozo ahora con los mismos Dio-
 ses:
 hoy : mas tú, amado mio, tan in-
 quieto,
 tan triste con *Lisinga* ?
Siv. Oh ! Dios !
Lising. Acaso
 no me amas, ingrato ?
Siv. Y cómo puedo
 vivir yo sin amarte ?
Lising. Habló *Leango* ?
Siv. Sí.
Lising. No te dixo ya, que el Heredero
 eres del sacro Sólido, y que *Lisinga*
 es tu esposa ?
Siv. Tambien.
Lising. Pues á mi dueño
 que le puede afligir ?
Siv. Ay ! que por siempre
 nací á la desventura y al tormento.
Lising. Pero por qué, quando risueña
 ofrece
 su mano la fortuna con un cetro
 y tu amante se llama toda tuya,
 va mezclado el suspiro en los acen-
 tos ?
Siv. Ni yo sé lo que soy, ni si eres mia:
 yo deliro, yo sufro, yo padezco,
 yo no sé :-
Lising. Habla, mi bien.
Siv. A Dios. *Lising.* Esposo.
Siv. Ah ! no me des, *Lisinga*, el nom-
 bre tierno,
 que el corazon cruel me despedaza.
 A Dios, *Lisinga*, á Dios. Yo espi-
 ro, Cielos. *vase.*
Lising. Miserable yo ! qué es esto ? se ha
 mudado ?

me aborrece quizá? pudo un momen-
to
arrancar de su alma aun la memo-
ria

de su primer amor y juramentos?
Es este el mismo hombre, que ha un
instante

me llamó suya ante mis plantas pues-
to

y me ofreció su fé jamás extinta?
Quién le trocó, que un bárbaro si-
lencio

dió por respuesta á un alma enamo-
rada,

á un alma, que buscaba su consuelo
en la felicidad de su tirano?

Quando giraban sin vagar risueños
mil delirios suaves á mis ojos
empapados en llanto placentero,
que el amor derramaba: quando
amante

volaba á tener parte en el inmenso
placer de tu ventura, cruel hombre,
indiferencia fria será el premio!

Tú me aborreces, sí, tú me abor-
recés:-

Aborrecerme! ah! no fue su pecho
perjuro para mí, ni el virtuoso
exercito el engaño: quizá el Cielo
le aquejaba cruel con nuevos males,
que me quiso encubrir, ó el Trono
regio

segunda vez le arrebató inclemente.
Pero, dichosa yo, si solo pierdo
una gloria fugaz, no apetecida,
y conservo su amor como primero.

Yo lo renuncio todo y la esperanza
de llegarlo á gozar, sino el consuelo
de amar y ser amada:- Númen santo,
quítame el Trono, y déxame á Si-
Siveno.

ACTO TERCERO.

*Sitio solitario y umbroso del jardin
imperial y fuente á un lado. Sale Si-
veno, y despues Soldados Chinos.*

Siv. Dónde estará Lisinga? en fin, oh!

Cielos!

pues que me obligas á emplear la
fuerza

por conservar un bien, que tú me diste
y que tú me arrebatas; á tu cuenta
irá mi muerte á manos de mi Pueblo,
é irá la sangre que mi espada vierta..
Pero dónde estará, que no la encuen-
tro

por Palacio á mi amable prisionera,
ni por este jardin? Graciosa fuente,
tú que viste algun dia las ternezas
del amor de Lisinga y de Siveno,
tambien serás testigo á la violencia
de un raptó que asegura mi ventura.
Pero mi Tropa viene.

*Salen Comparsas Chinos, y el Soldado
que los conduce.*

Siv. Y la Princesa
amigos, dónde está? la habeis ha-
llado?

Chi. En vano hemos corrido en diligen-
cia

el Palacio Imperial en busca suya
sin perdonar la estancia mas secreta,
cumpliendo con tu amor; pero sin
duda

huyó de esta mansion, que en torno
cerca

un Pueblo armado.

Siv. Qué decis? acaso
ha roto en en su furor la Imperial
puerta
alguno de la plebe amotinada?

Chi. No, Señor: todo yace en paz se-
rena

en el sacro interior de este recinto,
y el Pueblo ante sus muros aun res-
peta

la mansion de sus Reyes: pero acaso,
si á poco tiempo no la mira abierta,
usará de la llama, introduciendo
en ella otro Monarca.

Siv. No me inquieta
el deseo trydor, que con mi acero
presto castigaré: Lisinga bella
es ahora el objeto de mi miedo,
y es preciso buscarla y defenderla.

Ami-

Amigos , si el amor , los beneficios,
si una vida al peligro siempre pue-
ta,

y quizá por salvarnos ; si las palmas,
que arranqué al enemigo en la pe-
lea,

y que ciñeron vuestra sien invicta,
quizá regadas con mi sangre mesma,
el día de los triunfos , pueden algo
sobre la gratitud : seguid mis huellas
en busca de Lisinga , que la suerte
me procura quitar porque yo muera.

Ch. Caudillo generoso , ya tú sabes
nuestro valor y la amistad eterna
que te juramos ; guía.

Siv. Pues seguidme,
penetrando la estancia lisongera
del jardín. Cielo santo , no permitas,
que un rival mas dichoso la posea.

*Vase por la parte opuesta á la por don-
de sale Lisinga.*

Lising. Soledad deliciosa , que algun
tiempo

testigos fuiste á llantos y promesas
de mi caro Siveno ; ay ! quán en vano
busca mi alivio en tí mi dura pena !
ay ! quán en vano regarán mis ojos
de mi primer amor las caras huellas,
que aún en tí veo impresas ! Cielo
santo,

qué te hice yo jamás , que te ensan-
grientas

contra dos infelices que se aman ?
ó por qué mi esperanza lisongear
con un don , que arrebatas quando
pienso

que le voy á gozar ? Ya el diadema
me ceñía la frente con mi amado,
y rayo asolador en torno vuela
que tala mi ventura fugitiva.

Me ama Siveno , ú la enemiga estre-
lla

enagenó su corazon ? mas Dioses !
qué tumulto :-

*Salen Siveno y los Chinos , que se fue-
ron con él.*

Siv. Lisinga ?

Lising. Qué te altera ?

qué buscas ? qué me anuncian esas
armas ?

Siv. A vuestra fé , Soldados , recomien-
da

el mísero Siveno en su Lisinga
la mitad de su alma. A toda priesa
conducidla á la Torre , que las aguas
del ancho rio bañan. Defendedla
y vedla en su amparo. Sus pisadas
sigue , mi bien , y á tu Siveno espera,
que tornará veloz.

Lising. Caro Siveno,
y quál nuevo peligro me rodea ?
á dónde vas ?

Siv. El Pueblo amotinado
inunda la Ciudad , y su violencia
pretende introducir en el Palacio
un nuevo Rey , que en su delirio
crea,

y voy á refrenarle.

Lising. Escucha : ó tente,
ó llévame contigo donde pueda,
si tú mueres , morir.

Siv. Nó , que tu riesgo,
adorada Lisinga , el mio fuera :
mi corazon temblára al solo amago
de un acero desnudo. En paz te que-
da ;

vuelvo al momento.

Lising. En paz , (oh Dios !) y en tanto
vas á arrostrar la barbara fiereza
de todo un Pueblo !

Siv. Nó ; de este Palacio
corre feroz el vulgo á la gran puerta
y allí grita en tumulto. Yo por otra,
que al rio dá donde mi gente espera,
le heriré por la espalda : los cobar-
des

poco resistirán. Mi bien , no temas.
Pero tú lloras ?

Lising. Y podré sin llanto
verte correr veloz á tanta empresa ?
ah Siveno !

Siv. No llores y he vencido.

Esas hermosas lágrimas penetran
mi pecho de temores ; y tu amante,
que esgrimirá la espada en la pelea,
y la verá esgrimir sin miedo alguno

se desanima y afligido tiembla,
quando te vé llorar: ah! basta, basta
el dulce palpar, que amor me cuesta.
Vase Siveno con una parte de los Soldados.

Lising. Dioses, dadle favor.

Sale Lean. Dónde, Lisinga,
con Guardias.
caminas tan turbada?

Lising. Y tú no vuelas
á socorrerle? un popular tumulto
amanezca el Palacio: la sorpresa:

Lean. Desecha el miedo, todo está seguro.

Lising. Cómo seguro?

Lean. Ignoras, tú, que llega
el ejército Tártaro, que envia
tu generoso Padre en mi defensa,
y hácia aquí se encamina conducido
por sus nobles Caudillos?

Lising. Y si mientras
el vulgo pertinaz el Atrio inunda,
nos dará el tardo auxilio en quien
esperas
venganza y no defensa.

Lean. Mis Soldados
custodiar el Palacio y los gobierna
el valiente Minto; bien podemos
fiar las vidas á su fuerte diestra.

Lising. Luego por qué Siveno en el
peligro:—

Lean. Cómo el peligro?

Lising. Por la oculta puerta,
que da en la orilla del undoso río
va encontrar los reveldes?

Lean. Id apriesa,
guardias á detenerle. *Vánse los Guardias.*

Lising. Andad, amigos.

Lean. Quanto es difícil moderar la cie-
ga

pasion de un jóven! Pero yo confio,
que tú refrenes, ó Lisinga bella,
el ímpetu ardoroso; que una Esposa
será mejor Maestra.

Lising. Ay! que no es hecha
esa felicidad para Lisinga.

Lean. Pero qué miedo tu quietud altera

ahora, que el peligro ya no existe?
Lising. Y lo podré creer? de pena en
pena

tú sabes, que las mias se eslabonan,
y que quando descubro alguna senda
para mi bien, la ocupa el hado ad-
verso,

sin dexarme alentar en la carrera
de un dolor, que me oprime, que
me sigue

y que por todas partes me rodea.
Y no habré de temer?

Lean. Nó, que no hay causa.

Bella Lisinga, tu pesar consuela;
confiate en un Padre que te ama
tanto como á Siveno, y no le creas
capaz de consolar con ilusiones
á sus mejores hijos. Ah! ¿qué fuera,
qué fuera de las lágrimas vertidas,
si no pudiese realizar la oferta
de tu ventura y la ventura suya?

Sí, tu esposo será. Pueblo, nobleza,
sacerdotes, caudillos solo aguardan
ver en su frente el cándido diadema
para besar la planta de tu amado,
y adorar en el trono á su Princesa.

Lising. ¿Pero el pueblo que pide, qué
pretende

con el acero en la rebelde diestra
y corriendo furioso?

Leang. Solicita
quizá ver á su Rey; pero la fuerza
le tornará tranquila, y las esquadras
que llegan de Tartaria... En fin mo-
dera

tu sobresalto; todo te acobarda.

Lising. Ah! qué quieres? si en lágrimas
envuelta

no conozco la dicha, sino en sombra
y el amor siempre teme.

Leang. Y siempre espera,
puedes tambien decir; pero ese tuyo
solo anuncia desgracias, y es baxeza
no creerse capaz de las venturas
de que vas á gozar.

Lising. El Cielo quiera...

Leang. Jamas el Cielo apareció mas
puro,

Leang.

ni mas severo: la cruel tormenta
en amenaza está desvanecida;
llegóse al puerto en fin, Lisinga,
alienta.

Lising. Ah! tú me das la vida, que
perdida

creí sin mi Siveno, y aligeras
el peso que oprimia el pecho mio:
quizá que mi esperanza lisongea
una falaz imágen de ventura;
pero entretanto vive y se consuela.

Yo me voy á la torre, y allí aguardo
á salir para el trono ó quedar muerta
*Vase con los soldados de Siveno por
la izquierda.*

Leang. Esperaré el aviso de que al
templo

llegaron los llamados: mi impacien-
cia

juzga un siglo el instante...

Sale Ulan. ¿A dónde, amigo,
adonde está mi hermana? Corre,
vuela,

defiendenos, huyamos.

Leang. Pero, Ulania,
de qué tanto temor? no te aver-
güenza
ese miedo importuno?

Ulan. ¿Y tú, Leango,
permaneces tranquilo, quando in-
tenta

un pueblo criminal...

Leang. Y tú, qué temes:
cerrada en el Palacio?

Ulan. Ah! que tu necia
confianza nos pierde! Yo, yo misma
ví del atrio Imperial la entrada-
abierta.

Leang. Y las guardias?

Ulan. Ninguno se resiste,
ni ninguno desnuda en su defensa
el acero leal.

Leang. Cómo! Y Minteo
qué hace? dónde está?

Ulan. Minteo anhela
á usurpar este cetro.

Leang. Quién? Minteo?
mi siempre fiel Minteo?

Ulan. No lo creas:
él guia el traidor pueblo, él le acau-
dilla.

Leango. Qué escucho! ¿y es posible
que me venda
con tal perfidia?

Ulan. Fia en aquel rostro
donde brilla el candor y la mo-
destia;
fia en su dulce voz... él viene, hu-
yamos
de su acero fatal.

Sale Mint.

Leang. Traidor, espera.
Mint. ¿Contra quién esa espada...

Leang. Contra un hombre
traidor, pérfido, ingrato.

Mint. Yo!

Lisang. ¿Son estas
las dulces esperanzas de mi anhelo?
¿la merced de mi llanto y de mi pena
y el fruto de mi amor? ¿De tu Mo-
narca

pretendes ocupar la silla regia
y aún no murió Leango? Alma
traidora!

No subirás al trono, sin que viertas
antes la sangre de tu antiguo padre
y de tu bienhechor: y mientras vean
la luz del claro sol mis tristes ojos,
no ceñirá tu frente el diadema.

Mint. Pero escucha, Señor...

Ulan. Permite al ménos,
que se disculpe.

Leang. Y juzgas tú, que pueda
disculparse del pérfido atentado
de una traicion?

Mint. Pretenden, que yo sea
el Príncipe *Svenvango*: el pueblo
clama,
y yo solo quisiera...

Leang. ¿Y tú gobiernas
las esquadras del pueblo? dí, perjuro.

Ulan. Pero dejadle hablar.

Mint. Y yo quisiera,
que solo me dixeses, si es que debo
oponerme ó seguir la plebe inquieta:
esto queria.

Leang.

Leang. Sí, pero conduces
un pueblo todo, abriendo á su vio-
lencia

las puertas del palacio que te fio.

Mint. Palacio está seguro, que sus
puertas

ninguno profanó: nadie me sigue
y solo vengo aquí.

Leang. Pues tú, Princesa...

Ulan. Yo ví al pueblo furioso ante la
entrada

de palacio, ví abrirla, ví por ella
y entre la multitud que entró
Minteo,

y yo corrí veloz á darte cuenta.

Mint. ? Y tú juzgaste que tu buen
Minteo

te sería traidor, aunque la tierra
y el Cielo derramasen en su frente
con generosa mano mil diademas?

Ah! que yo no esperaba tal ultrage
de tí, Señor, y tu bondad paterna
se desmintió conmigo este momento.

¡Yo poseer un trono, sin licencia
de un padre bienhechor á quien le
debo

quanto soy, quanto valgo! No me
creas,

Señor, ingrato, y toma el cetro
augusto

que la nacion humilde me presenta;
que yo á tu lado quedaré tranquilo
con que mi protector y padre seas,
adorando en Leango las virtudes,
que me faltan á mí y en él se en-
cuentran.

Leang. Con que...

Mint. Tú solo eres de mi dicha
y de un trono que el hado me gran-
gea

el arbitro y el dueño.

Ulan. Y no he de amarle! *Ap.*

Mint. Escucha y exâmina, en fin or-
dena

del Imperio y de mí: y hasta que
hayas

decidido, Señor, para quien sea,
en rehenes del publico reposo

aquí Minteo prisionero queda,

Ulan. ¡Oh alma generosa!

Leang. Sin motivo

te culpaba, hijo mio; mas tu excelsa
virtud me excusa, y ella es tan su-
blime,

tan inaudita y noble, que supera
á mi esperanza.

Ulan. ¿ Y no será Minteo
el Príncipe, Señor?

Leang. No, Ulania bella.

Sigueme al templo y ante el sacro
numen

te diré quien es Rey; tú del diadema
la gloria y el apoyo, tú la paga

eres de mis sudores y mis penas,
pero no mi Monarca; y sin embargo
ha llegado á tal signo la grandeza
de tu heroyca virtud, que solio y
cetro,

hijo Minteo, has encontrado en
ella. *Vase.*

Mint. Esperé, Ulania, que me hiciese
un trono

digno acaso de tí; pero...

Ulan. Nó creas,

que eres indigno de mi amor sin
trono,

ni que codicie dones de la estrella
quien ve brillar en tí virtud y gloria.

Yo te amo, Minteo: en vano ciega
de una ilusion cruel quise ocultarlo;
que no soy insensible á tantas
pruebas

de un noble corazon como es el tuyo,
y nunca la virtud erró la senda,

que conduce al amor y que da paso
para las almas que el honor grangea.

Yo te amo, Minteo, y generosa
por quanto abarca la extendida
tierra

no trocará tu amor.

Mint. ¿ Qual de los hombres
fue mas feliz que yo? Bella Princesa,
amor mio, mi bien...

Ulan. Vamos al templo.

Mint. Sí, mas ve tú primero por que
es fuerza,

que

que en compañía de Siveno vaya:
ve que voy en su busca; á Dios.

Ulan. Espera,
que no está en el palacio y sabe el
Cielo,

si acaso volverá: por donde riega
los jardines el rio salió armado
encontra los rebeldes.

Mint. ¡Oh imprudencia!
¡oh temerario amigo! Yo me afano
por refrenar de un pueblo la violen-
cia,
vengo prenda de paz á presentarme,
y va de nuevo ante la plebe inquieta
con su riesgo á irritarla. ¿Y yo me
tardo?

¿y yo no le socorro?

Ulan. Tú me dexas,
ingrato, por Siveno?

Mint. Ulania mia,
él peligra y tú no.

Ulan. ¿Pero no es prueba
de poco amor...

Mint. De poco amor! ¡ah como
se engaña el dueño mio! Considera,
que un amigo traidor no es buen
amante,
que en el alma inocente son eternas
tan suaves pasiones, y que el Cielo
con mano amiga las enlaza en ella.

Ulan. Sí, mi bien, es verdad, corre en
su amparo,
ofrece al fin la generosa diestra
por tu mejor amigo; pero amante
guarda tu vida, si la mia aprecias.

Mint. Tú me la haces amable, y yo
te juro
de conservarme para tí.

Ulan. Pues vuelá
ya corre á tu Siveno, que en el tem-
plo
mi corazon será la recompensa.

Mint. ¿Qué no executaré, si á un mis-
mo tiempo
el amor y amistad mi pecho alien-
tan?

Vanse. Parte interior del templo Impe-
rial; altar sobre que está la estatua de

*Confucio, y á su rededor varios disci-
pulos en actitud de recibir la doctrina
del Filósofo Chino, contenida en sus li-
bros. Leango, el Bonzo y comparsa
de Chinos.*

Leang. En fin, pueblo dichoso, llegó
el dia,
que señaló la sábia providencia,
despues de quatro lustros, en que
adores
del árbol Imperial la rama excelsa
en el augusto Solio de sus padres.
El ignorado Príncipe, que esperas
y que hará tu ventura, es mi Siveno,
y á él le debes tu amor y tu obe-
diencia.

Sacerd. Generoso, Leango si la espada
de un pueblo vengador hirió san-
grienta

las débiles gargantas de los hijos
del Monarca Livanio en edad tierna;
por qué adulas con vanas esperanzas
á tu nacion humilde que desea
ver el cetro en tu mano y triste clama
por gozar la ventura que le niegas?
El trono es tuyo.

Leang. Basta, Sacerdote.

¿Quién os hizo Señores del diadema
para ceñir con él agena frente?
¿Con qué quando mi mano la con-
serva

para su dueño á costa de pelígras
no alcanzaré mas gloria en recom-
pensa,
que la de usurpador? Yo lo repito:
Siveno es vuestro Rey. Y tú que velas,
espíritu súblime y virtuoso.
sobre la suerte próspera ó adversa
del justiciero trono; al ara llevo
á tomar en tu nombre aquesta venda,
que te dexé en depósito, que nunca
rodeará usurpada la cabeza
de un Rey que tú no apruebas, y
que solo,

no á conseguir, á merecer anhela.
Sacerd. Pero aguarda, Señor: ¿dónde
se halla

nuestro nuevo Monarca, que se aleja
de

del impaciente pueblo en el momento,

que se va á coronar?

Leang. Pasion violenta de juvenil edad le expuso incauto á los delirios de una plebe inquieta; pero ya mandé yo, que le conduzcan.

Sale el Sold. Chino.

Sold. Señor, volad conmigo á la defensa del valiente Siveno, que cercado de aceros mil, que en torno le rodean

y todos sus parciales derrotados, contra la multitud solo pelea.

Leang. ¿Y ahora vienes para darme aviso,

cobarde, del peligro en que le dexas? corramos en su amparo.

Sale Lising. Es tarde, es tarde.

Leang. Qué dices?

Lising. Qué ya ha muerto,

Leang. ¡Oh nunca sea

un infortunio tal? quién lo asegura?

Lising. Estos ojos (¡ó Dios!) mi llanto y pena.

Yo en la torre (¡ái de mí!) le ví atrevido

correr y combatir; mas sin defesa...

¡ah que no puedo hablar!

Leang. Cielo!

Lising. De flanco

embistió á los rebeldes, que pelean

en torno del palacio: se rehacen,

le circundan, le hieren, le atropellan,

le dexan sus amigos: él ocupa

una fragil barquilla y á la inmensa

multitud que le sigue, le hace rostro.

Pero la turba inunda su pequeña

barca, y por todas partes impelido,

flechado, herido y con la faz cubierta

en sangre suya y enemiga sangre,

cayó al rio y murió porque yo muera.

Leang. Y por que muera yo. Tristes amigos.

todo lo hemos perdido; ya no queda

ni aun la esperanza; el trono está

desierto;

yo arrojé al viento qual menuda

arena

mi pena y mi sudor. Cielo inclemente!

qual es mi culpa, qual que me atormentas

dilatando una vida de amargura?

Merecieron jamas tal recompensa!

mi honor y mi lealtad? Principe caro,

ah! de qué te sirvió la piedad tierna de tu vasallo y tu mejor amigo?

Reusó en tu favor un diadema;

prefero en fin tu vida á la de un

hijo,

á la vida de un hijo, y luego.. oh!

pena!

oh dia de dolor! oh muerte! oh!

muerte!

Aborrezco la luz que me rodea,

la luz de maldicion cruel por siempre,

pre,

que presidió al nacer á mi existencia.

Sac. Generoso Leango, no condeno

el dolor que te aflige, leal prueba

de un corazon amante de sus Reyes.

Tambien la China en su pesar envu-

elta

maldecirá por siempre el hado injusto,

to,

que robó la esperanza lisongera

de adorar en su trono el sacro ramo

de la estirpe real: mas considera

que tu apoyo, tú Padre de la Patria,

á tí vuelve los ojos, de tí espera

medicina en su mal, y si tú faltas,

ay del mísero sólio á quien cruenta

orlada ceñirá, manchada en sangre

del ambicioso, que á ocuparle anhela.

Conservanos tu vida.

Leang. Ay! de mi vida

llegó el ultimo dia, ¡ni hay quien pueda

hacerla grata para mí. Si ha muerto

mi Rey y mi Señor como...

Sale Ulan. Oh qué nuevas,

Leango, traigo!

Leang. Calla, lo sé, ha muerto,

Siveno.

Ulan. Vive, vive.

Leang. Y cómo...? apenas

palpita el corazon.
Lising. Y cuál ha sido
 el Dios que le ha salvado?
Ulan. La fineza
 de su caro Minteo.
Lising. Ay! tú me engañas.
Leang. Es cierto?
Ulan. Sí. Cercano á las riberas
 estaba ya del caudaloso rio,
 quando entre mil espadas que le
 cercan
 ve caer á Siveno. Pero hendiendo
 la multitud, que ocupa las amenas
 márgenes, salta al rio, y en un punto
 llega á su buen amigo á quien liberta
 de las ondas y la ira de su Pueblo.
Leang. Ah soldados, volemós y la fu-
 erza
 consiga el detenerle.
Ulan. Nó: el Palacio
 tiene el frente y las tropas le rodean
 del exercito tártaro: Minteo
 le ha sosegado, y no es el que
 antes era
 un pueblo sublevado sin caudillo:
 solo pide á su Rey, sea el que sea
Leang. Mas dónde está Siveno?
Lising. Por qué tarda?
Ulan. Miradle con quién viene.
Salen Siveno, Minteo y Sequito de Sol-
dados, que trahen cubiertos en unos
azafates las vestiduras reales
de un niño.
Leang. Ah! llega, llega,
 ó tú de mí vegez honor, delicia,
 precioso fruto de mi llanto y pena,
 llega, ó tú mi Monarca.
Siv. Soy tu hijo.
 No me ofrezcas, el cetro, no me
 ofrezcas
 un don, que robaría de las manos
 de mi libertador y que me hiciera
 ingrato para siempre. El heredero
 ve aquí, ó pueblo, en Minteo de
 que pruebas
 harto grandes dará.
Leang. Lee este pliego
 Dandole uno que saca del pecho.
 y dí, si hay prueba, que se iguale

á esta.
Siv. Quien le escribió?
Leang. Livanio padre tuyo.
Mint. Luego quién seré yo, cruel
 estrella. *ap.*
Lee Siven. Pueblo, mi propio hijo
 es hoy Siveno:
 yo fui testigo fiel de la nobleza
 de su libertador, el virtuoso
 y constante Leango, que reserva
 su vida para el Trono. Yo Livanio.
 No estoy en mí! mas dime: si yo fue-
 ra:-
 (acercaos aquí) dime: conoces
 esta manchada vestidura regia
 con la sangre de un niño?
Lean. Ay Dios! qué veo?
 cómo en tu mano está?
Siv. Calla: no era
 la vestidura en qué *Svenvango* en-
 vuelto
 la muerte recibió?
Lean. Nó, no era esa.
Siv. En estas ropas no murió? pues cómo?
Lean. Como mi caro hijo estaba en ellas.
Siv. Y quién se las vistió?
Lean. Yo, que tranquilo
 le ví por tí espirar, yo, que á la
 diestra
 de sus verdugos ofrecí su vida
 por conservar tu frente al diadema.
Siv. Oh! virtud sin exemplo!
Lising. Oh alma digna!
Ulan. Oh noble corazon!
Siv. Y un hijo cuesta:-
Lean. No mas, no mas. Por qué con tal
 imagen
 acibarais el gozo, que enagena
 al venturoso Pueblo en este dia?
 ó por qué me quitais la recompensa
 debida á mi virtud en los placeres,
 que gozaba mi alma y ya desea?
 Al ver ese ropage, al ver la sangre,
 sangre de un hijo! el corazon flaquea,
 y baxo del dolor gime oprimido.
 Ah! que veo a mi hijo entre la fie-
 ra
 multitud de asesinos, que me llama,

y en vez de hablar, la mano tiernezuela
extender á su Padre ensangrentada:
veo vibrar la espada, que atraviesa
una y mil veces su inocente pecho;
veo en fin, (oh dolor!) cómo se agegan
en el licor de muerte sus pupilas:
yo lo veo y no muero á tanta pena!

Mint. Amado Padre, ah! yo soy tu hijo.

Lean. Qué dices?

Mint. Que yo soy á quien lamentas.
Alsingo me salvó casi espirando
envuelto en esa ropa, y su terneza
creyó salvar al Rey: por mí te hablan

las heridas que ves. Obeerva, observa;

tú eres mi dulce Padre.

Lean. Sostenedme,
amigos.

Se apoya sobre el Sacerdote, y Siveno despues de reconocer el pecho de Minto.

Ulan. Oh ventura!

Lising. Oh Providencia!

Siv. Tú me quitas un Padre. á Minto,

Mint. Pero vuelvo
al sucesor la investidura regia.

Sacer. Sí, virtuoso hijo, sí, Leango,
mas virtuoso aún: la mano eterna
de un Dios, que remunera las virtudes

se extendió sobre tí. Qué recompensa

mas alhagüena para el alma grande,
que el ver que justifica su clemencia
con proteccion augusta sus designios?

Goza la gratitud de la Nobleza,
del Pueblo, del Senado, de tus Reyes.

Bendígate los Cielos y la tierra,
y adore humilde el hombre agradecido

la imágen de virtud, que representas.

Siv. Y yo seré el primero, que venero
este don de los Cielos, copia excelsa
de la Divinidad, Padre, Maestro
de mi primera infancia en cuya escuela

á envidiar su virtud aprendí un dia.
Y tú, Minto, cuánto me superas
en el premio, que el Cielo te guardaba!

Mint. Yo lo conozco, y la benigna estrella

me dispensa una gracia, qual ninguno
pudo creer llegar á merecerla.

Siv. Déxame al Padre mio, y toma el Trono.

Leang. Hijos, amados hijos, por clemencia

callad, no me apreteis, que ya no puede

mi débil corazon contra la fuerza
del placer que lo inunda. Eterno Cielo
venga ahora la muerte, que ya vuela

sobre mi blanca sien: hallé á mi hijo
y libré á mi Monarca. Qué me queda

ya que gozar, despues de tanta dicha
inutil peso sobre el ancha tierra?

Siv. No existe en vano el hombre virtuoso.

ni se le ofrece al Dios que nos rodea
sacrificio mas grato, que de un alma

que exerce su virtud á la presencia
del hombre criminal. Vive, Leango,
vive á ser el modelo donde aprenda
la justicia tu Rey. Y tú Minto
tú, libertador mio, porque veas,
que no soy insensible al beneficio;
yo te doy mi amistad, te doy en ella
á Ulania por esposa; en fin, amigo,
para que no haya un premio, que le exceda

al premio que te doy, Leango es tuyo.

Sea tu Padre y mi maestro sea
quizá tú mas feliz en ser su hijo,

que

que yo en ser tu Monarca. Y tú
Princesa,
dispon de un corazon tuyo por si-
empre
y que pone á tus pies el diadema.
Lising. Yo admito el grato don, Prin-
cipe mio.

Tú sabes, si te amo y quanta pena,
quanto dolor me cuesta el amor tuyo.
En fin, rió la suerte mas serena,
sobre mis desventuras, y ya riges
un trono, que no anheló, que des-

precia
mi corazon, si tú no le ocuparas
y ceñido de gloria en el te vieras.
Pero te veo en el y en él adoro
quien la virtud de mi Siveno premia.
Leang. Monarcas venturosos, si yo os
guio
al ara de la paz y la terneza
donde tranquilos bendigais mil veces
la benefica mano, que os reserva
para ser las delicias de mis años
y amor eterno de la Patria vuestra.

FIN.

*En la Libreria de Cerro, calle de Cedaceros y en su puesto calle
de Alcalá, se hallará ésta, con la coleccion de las nuevas.*